

MARXISMO, GÉNERO E HISTORIA SOCIAL

Mónica De Martino Bermúdez

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (UDELAR)

MARXISMO, GÊNERO E HISTÓRIA SOCIAL

Resumen: En una primera instancia, este artículo presenta una breve aproximación al tratamiento de las relaciones entre los sexos y la condición de la mujer en el campo del marxismo. Posteriormente, remite a los debates suscitados en el seno de la Historia Social anglosajona, en los cuales participaron activamente feministas de origen académico, que aportaron fecundidad a la discusión, pero se coloca especial atención a las elaboraciones de la historiadora Joan Scott. Elaboraciones que abandonan las premisas marxistas y que fueron objeto de duras críticas en el ámbito académico. Por último, en términos de conclusiones, indica lo que para nosotros significa el camino sin salida al que llegó Scott en su viraje ideológico.

Palabras Claves: Género, marxismo, historia social.

MARXISM, GENDER AND SOCIAL HISTORY

Abstract: This article intends to present a brief approach considering the treatment of gender relations and the status of women in the field of Marxism. Therefore the article refers to Anglo-saxon Social History discussions. Academic feminists actively participated in these discussions and debates truly enriching the discussions. Special emphasis on the work of the historian Joan Scott should properly be considered. Her elaborations left behind Marxist premises and therefore were heavily criticized in the academic field. Finally, in terms of findings, the current paper indicates what can be considered a no way out turning point highlighted by Joan's ideological shift.

Keywords: Gender, marxism, social history.

Recebido em 11.03.2010. Aprovado em 30.04.2010

1 INTRODUCCIÓN

El materialismo histórico dialéctico es un campo plural, donde coexisten problemáticamente múltiples tendencias. Sus fronteras de inclusión y exclusión han sido trazadas de manera diversa a lo largo del tiempo y en función de particulares y variables coyunturas, tanto en el medio académico como en las tórridas arenas del quehacer político. No es nuestra intención problematizar tales fronteras, sino descubrir con ojos atentos las múltiples formas de ser fieles a una visión del mundo y a una utopía.

En el desarrollo del presente artículo, en una primera instancia, realizaremos una breve aproximación al tratamiento de las relaciones entre los sexos y la condición de la mujer en el campo del marxismo. Posteriormente, nos remitiremos a los debates suscitados en el seno de la Historia Social anglosajona en torno a la obra de Joan Scott. En dichos debates participaron activamente feministas de origen académico, que aportaron fecundidad a la discusión, pero colocaremos especial atención a las elaboraciones de la historiadora Joan Scott. En tercer lugar intentaremos aprehender los nuevos matices que surgieron en la polémica a partir del nuevo enfoque teórico asumido por la autora, por momentos compañera de ruta de E. P. Thompson. Enfoque éste que abandona las premisas marxistas y que fuera objeto de duras críticas en el ámbito académico. Por último, en términos de conclusiones, indicaremos lo que para nosotros significa el camino sin salida al que llegó Scott en su viraje ideológico.

Como dejaremos constancia en el texto, no intentamos exigir a Scott algo ajeno a sus intereses; tan sólo pretendemos leer y problematizar sus obras. Las tomaremos como punto de partida para bosquejar uno de los debates que emergieron en el campo del marxismo en torno al concepto de género.

2 MARXISMO Y FEMINISMO

La subordinación de la mujer ha sido reconocida por la gran mayoría de los pensadores socialistas del siglo XIX, aunque en forma genérica y abstracta. Así, por ejemplo, en *La Sagrada Familia* (2008), la propia contribución de Marx y Engels permanece en un nivel filosófico, colocando la situación de la mujer como indicador del progreso humano. La condición femenina, creemos que adquiere, así, una importancia universal a nivel simbólico, pero al mismo tiempo es privada de sustancia. O, en la palabra de Mitchell (1967, p. 79) “se transforma en una entidad antropológica, en una categoría ontológica de la especie humana, de las más abstractas”.²

Aún en *El origen del familia, la propiedad privada y el Estado* (ENGELS, 1985) el énfasis es colocado en la propiedad privada, que explicaría el inicio de la opresión femenina, mediada por la institución de

la herencia y de la monogamia. Las razones para la sumisión de la mujer, en este texto ineludible, se encontrarían en su menor fuerza física, lo que equivaldría a decir que el incremento de la productividad de su fuerza de trabajo es condición para su liberación. Se desprende, como lógico corolario, que la integración de la mujer a la esfera productiva – a la industria pública en las palabras de Engels – y la supresión de la familia conyugal como unidad económica de la sociedad, marcarían el inicio de la equiparación de las trayectorias femeninas y masculinas.

Esta lectura colocó tempranamente, de manera originaria, pero parecería que sin matices ni mediaciones, la cuestión femenina, desde una perspectiva histórica, en la dialéctica de los procesos de producción y reproducción. Perspectiva que encuentra en el “marxismo occidental” nuevas y plurales lecturas, múltiples objetos y enfoques. Desde la crítica cultural de la Escuela de Frankfurt – Adorno y Horkheimer (1978); Habermas (1984), Marcuse (1969, 1970), Reich (1993) – hasta el diálogo con la filosofía existencialista francesa reflejado en la obra de Simone de Beauvoir (2000)

Marxismo y feminismo no ha sido siempre una unión feliz. Así lo han demostrado algunas de las tesis más discutidas de Beauvoir (2000): aquellas que radicalizan la descalificación de la vida familiar y de la propia especificidad del cuerpo femenino – posibilidad de procreación – en oposición a una libertad individual hiper-valorada o aquellas otras que imposibilitan cualquier tipo de vivencia familiar bien sucedida. Así también lo indica, en los años sesenta, el agudo análisis de Mitchell (1967) sobre el “destino natural” de la mujer como estructura compleja, y no como unidad simple reducida a la relación con el mercado de trabajo.

Esa articulación tormentosa es asumida públicamente en el artículo de Heidi Hartmann *The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Toward a More Progressive Union*, de 1981. Analizando la fusión entre capitalismo y patriarcado, la autora nos indica cómo el marxismo, al tomar como problema la relación de la mujer con el mundo del trabajo, veía su menor fuerza física, dejó de lado la subordinación de las mujeres con relación a los hombres en el sistema patriarcal. Patriarcado y capitalismo mantienen a la mujer en ocupaciones segregadas y mal remuneradas, dependiente económicamente de los hombres y subordinada a ellos en la vida familiar. Sólo a partir de esta óptica, de doble subordinación, es que puede entenderse la persistencia de una división sexual del trabajo que mantiene a las mujeres en ocupaciones jerárquicamente inferiores, tanto en la esfera pública como privada.

Las dificultades existentes en la relación marxismo –feminismo se remontan a los movimientos socialistas

del Siglo XIX, en los que las mujeres – socialistas, comunistas y anarquistas, básicamente – insistían en el carácter social y político de las desigualdades de género. No obstante ello, debieron contentarse con el carácter secundario dado a estas cuestiones frente a la prioridad otorgada a la contradicción trabajo-capital. O, en otras palabras, frente a la prioridad de la producción ante la reproducción. (TAYLOR, 1983)

De acuerdo con Marx (1971), la producción envuelve un doble relacionamiento: la reproducción de la vida, de la especie humana y la producción social, resultado de la cooperación de varios individuos que determinaría la naturaleza de la sociedad. A lo largo de su obra enfatizará la naturaleza social de la producción de mercancías. Según algunas autoras, algunas de ellas ya citadas (HARTMANN, 1981), tal énfasis ha negligenciado otras dimensiones de lo social. A saber: la reproducción de los seres humanos y, desde otra perspectiva, la reproducción simbólica de toda realidad social.

En los intentos por incorporar la cuestión de las relaciones sociales entre los sexos, el feminismo se valió de la categoría “reproducción”, imputada al conjunto de actividades sociales que envuelven la procreación, el cuidado de los hijos y el trabajo doméstico. Pero aún persistía un problema en tales formulaciones: las actividades y relaciones intersubjetivas, la construcción de identidades y subjetividades, la corporalidad de los sujetos continuaban siendo articuladas a partir de la categoría producción, quedando así las relaciones sociales de sexo nuevamente en una posición secundaria. (SAFFIOTI, 1992)

Algunas tentativas fueron realizadas en el sentido de unificar clase y sexo, trasladando la explotación del trabajo al campo de la sexualidad. Hablar de las mujeres como “clase” – sexo como categoría clasificatoria – tuvo sentido teniendo en cuenta la posición de la mujer en las relaciones de producción “afectivos sexuales” (BENHABIB; CORNELL, 1993, p. 9)

Tales tentativas fueron vanas al continuar operando al interior de la categoría producción, con una lógica sumatoria: el marxismo podía ser ampliado para dar cabida a otros temas – cultura, ideología, mujer- pero explicaciones, énfasis y lógicas continuaban siendo las de las relaciones de producción.

Las dificultades encontradas para otorgar estatuto teórico a las relaciones sociales de sexo pueden ser mejor visualizadas en las argumentaciones de Perry Anderson (1984) sobre las relaciones entre feminismo y marxismo. Anderson (1984, p.98) reconoce la negligencia del marxismo con las mujeres, pero también que las desigualdades de sexo jamás otorgarán el ímpetu principal para una emancipación humana más amplia.

Simplemente porque las estructuras de dominación sexual se insertan mucho más en el pasado y penetran más profundamente en la cultura que en la explotación clasista. La división entre sexos es un hecho de la naturaleza, no puede ser abolida. La división entre las clases es un hecho de la historia.

Más allá de estas dicotomías entre naturaleza y cultura, sexo y clase, el aspecto más crítico para Anderson es el carácter insuficiente de la lucha de las mujeres como acción colectiva incapaz de eliminar la lógica del capital.

Intentando romper con este abordaje dicotómico, historiadores marxistas comenzaron a relacionar sexo y clase como divisiones sociales que se fundamentaban en los sistemas de dominación y explotación. Un ejemplo de ello lo constituye el historiador Eric Hobsbawm (1987,1995). Las décadas de los setenta y ochenta dan testimonio del debate en torno a las relaciones entre patriarcado y capitalismo. El objetivo era demostrar cómo las mujeres eran objeto de un doble sistema de explotación y cómo el marxismo no otorgó debida atención a la imbricación entre capitalismo – patriarcado.

En el contexto angloamericano, el movimiento independiente de mujeres aliado a la Nueva Izquierda contribuyó para la producción de análisis históricos donde el paradigma de la producción comienza a ser cuestionado, así como también el modelo topológico de clases. Esta perspectiva abrió nuevas posibilidades analíticas para las relaciones sociales de sexo al interior del marxismo, como se puede observar en importantes publicaciones de esas décadas: *New Left Review*, *Journal of Social History*, etc., de las cuales el artículo de Hartmann es sólo una pequeña muestra.

En este contexto, el trabajo anterior de Thompson – *La formación de la clase obrera inglesa* - adquiere un importante significado. Al afirmar que intentaba rescatar las prácticas y experiencias de los individuos de la condescendencia de la posteridad, Thompson abrió caminos para escribir la historia de sujetos sociales que antes estaban subsumidos en agentes colectivos o estructuras.

El abordaje político-cultural de las relaciones sociales fue bien recibido por el feminismo con vistas al rescate de la acción y palabras de las mujeres, de las pruebas no solamente de su opresión, sino también de sus estrategias de lucha y resistencia.

Las contribuciones del autor se reflejan en un redimensionamiento político y cultural de las experiencias de los sujetos históricos en la formación de la clase trabajadora. Sus aportes y también sus omisiones permitieron problematizar no sólo el carácter sexualizado de las clases y sus procesos de formación, sino también aspectos epistemológicos que hacen a la propia producción del conocimiento en el amplio campo del marxismo.

3 LENGUAJE Y GÉNERO: la odisea de Joan Scott

Si observamos detenidamente los debates de Scott, percibimos que sus posiciones en torno a lo femenino y las relaciones de género recorren un claro pasaje: desde la Historia Social, preocupada por metanarrativas y agentes históricos asociados a clases sociales, a la Nueva Historia francesa. Así, el nuevo paradigma histórico defendido por Scott se aproxima a la noción de práctica discursiva y de las relaciones de poder elaboradas dentro de la filosofía foucaultiana y de los estudios lingüísticos de Derrida (1989)²

Al realizar tales afirmaciones y reafirmarla en otros textos, la autora moviliza un debate que multiplica sus interlocutores. Estos nuevos matices se originan en el artículo *On language, gender, and Working – class History* (SCOTT, 1988b), en el cual el lenguaje es el centro de toda la atención. Como veremos, Thompson y, obviamente, la Historia Social como escuela de pensamiento, continúan involucrados en estas discusiones. El papel del lenguaje para el quehacer histórico, su valor metodológico y sus significaciones epistemológicas y ontológicas se tornan sustento del nuevo paradigma histórico defendido por Scott. El lenguaje sólo sería una mera forma de comunicación por medio de la cual los sujetos convencionan palabras para remitirse a la esencia de las cosas, es decir, no sería una forma de la conciencia. El lenguaje es un campo de prácticas colectivas en el cual las identidades de clase y género se constituyen. Las formas del lenguaje, ya sean orales, escritas o iconográficas, no revelarían la acción de los sujetos históricos, sino que constituirían formas de autorepresentación. En este sentido, el análisis del lenguaje nos revelaría cómo los significados son construidos y vividos en las relaciones de fuerza entre individuos y grupos.

Si el lenguaje es entendido de esta forma, es la propia noción de experiencia thompsoniana la que está en juego. La experiencia, mediadora entre ser y conciencia, entre determinaciones objetivas y subjetivas, sería aprehendida y se constituiría, también, en el lenguaje de los actores. Y el lenguaje, como experiencia condensada, debería ser objeto de análisis histórico, en su condición de componente y mediador de prácticas y conciencias.

Los nuevos argumentos de Scott movilizaron respuestas contundentes. Palmer (1987), por ejemplo, irónicamente señala que la historiadora inglesa considera al lenguaje como una panacea interpretativa, una estructura anterior e independiente del contexto histórico. Agrega que, transferir la discusión sobre el proceso de formación de las clases sociales al lenguaje de la lucha política, significaría el colapso de los conceptos de clases y el abandono de cualquier marco epistemológico materialista-histórico.

En el debate brevemente reseñado, existe una fuerte contradicción de énfasis. Palmer enfatiza la experiencia, entendida por Scott como más vinculada a la realidad social, anterior e independiente del lenguaje. Scott enfatiza el lenguaje, entendido por Palmer como oposición entre práctica y discurso.

Las críticas realizadas por Palmer (1987) y Stansell (1987) coinciden al indicar las tendencias posestructuralistas a las que se acerca Scott, que implica el riesgo de invertir el materialismo histórico en un idealismo formal. Pero, para Scott, el estudio del lenguaje es el camino para analizar la interrelación entre los conceptos y las relaciones efectivamente trazadas, en la medida que la dicotomía práctica y discurso es meramente formal.

Sin dejar de reconocer las nuevas influencias sufridas por Scott que la alejan del campo del marxismo, el análisis de discurso propuesto por ella no sería una mera técnica literaria de comprensión de textos, sino una búsqueda del funcionamiento de lenguaje en las relaciones jerárquicas y desiguales del poder. Y en términos de género sería también una forma de combatir el discurso naturalizado de las diferencias, en la medida que deconstruir los artificios del lenguaje significaría deconstruir las estrategias del poder.

En posteriores artículos, Scott (1989) señala que el énfasis dado al lenguaje, en verdad, es un desvío de aquello que es central en la discusión: la polémica desatada por el uso de la categoría género entendida como, de acuerdo a un artículo anterior al que marcó el polémico viraje:

un elemento constitutivo de relaciones sociales fundadas sobre las diferencias percibidas entre los sexos, y género es una primera forma de dar significado a la relaciones del poder. (SCOTT, 1988a, p. 42)

De esta manera, Scott nos indica que la categoría género requiere un nuevo estatuto de la historia, una nueva demarcación de sus métodos y conceptos. Sería necesario salir de los límites de la familia y del espacio doméstico para pensar sobre género.

El debate sobre la necesidad de un nuevo paradigma para el quehacer histórico permanece aún abierto y no es nuestro objetivo abordarlo en este trabajo. Sí, nos interesa, rescatar otros aportes realizados por Hall (1988), quien no cuestiona el acceso a la realidad por medio de las representaciones, base del planteo de Scott.

Hall (1988) indica que para desconstruir la identidad femenina, universal y esencialista, no es necesario adherirse a planteos posmodernos, pero coincide con Scott en la necesidad de repensar el concepto de experiencia, en vías de una mayor sensibilidad hacia otro tipo de diferencias, como las de género y raza, señalando, así, los riesgos de toda polarización. Articulando las polémicas suscitadas

por Scott, Hall señala dos falsos ejes teóricos que inhabilitan posibilidades de elección: estructura vrs. sujeto histórico e identidad vrs. diferencia. Polarizar el debate aporta visibilidad a las críticas, pero nos distancia aún más de la particular y multifacética relación entre subjetividad y condiciones determinantes u objetivas de vida.

Singular capacidad la de Hall: colocar uno de los desafíos más importantes para el materialismo histórico como cierre de un particular debate. Desafío que, arriesgamos nosotros, la propia Scott no pudo resolver con ecuanimidad, más allá de fidelidades declaradas (Marx) y consideraciones incorporadas (Foucault).

4 CONCLUSIONES

La evaluación crítica de los estudios relativos a la mujer, realizada por Scott, especialmente en el ámbito de la Historia Social, fue bien recibida por aquellos científicos preocupados por el tema. Especialmente en lo relativo al concepto de género y su problematización como categoría de análisis. Sin embargo, su perspectiva teórica posterior, como ya hemos visto, provocó reacciones y polémicas, especialmente en aquellos ligados con la Historia Social.

Uno de los aspectos más relevantes en esa polémica consiste en saber cuáles son los instrumentos conceptuales y metodológicos más adecuados para abordar la problemática de la mujer. Si bien los diferentes autores/as citados coinciden en el uso excesivamente descriptivo que se ha realizado de la noción de "género", Scott señala que para problematizar, a partir de él, los conceptos dominantes en el campo de la historia, es necesario superar los límites de la Historia Social, aún impregnada de determinismo económico, y llegar a un plano epistemológico más "radical" como es el posestructuralista.

Ya no nos encontramos solamente ante críticas relativas a las relaciones sociales de sexo, sino a una propuesta epistemológica y metodológica que atraviesa el desarrollo contemporáneo de las ciencias sociales. No nos detendremos, aquí, en las propuestas posestructuralistas y posmodernistas y sus posibilidades de construir una visión de la historia no determinista. Tan solo señalamos nuestro escepticismo y alejamiento en cuanto a ellas. Cabe, eso sí, realizar algunas apreciaciones en torno a algunos aspectos que atraviesan las distintas polémicas.

Según Scott y de acuerdo a la definición de género ya citada, como categoría de análisis, remite a un elemento constitutivo de las relaciones sociales y a una forma de significar relaciones de poder. Así entendido, posee un elevado heurístico para aprehender tanto el proceso histórico de construcción de lo masculino y lo femenino como otras formas

de relaciones de poder. Pero es obvio que los estudios feministas no esperaron la emergencia del posestructuralismo para atender la importancia de la reproducción de los universos simbólicos imputados a lo femenino y lo masculino. (NEWTON, 1989)

Para tornar "visibles" a las mujeres, en la historia general o en sus historias particulares, muchas investigadoras apelaron a métodos de interpretación de sentido como forma de construir categorías a partir de vivencias estrictamente femeninas, con el propósito de superar el sujeto histórico neutro o masculino, que caracteriza a las escuelas históricas tradicionales y, entre ellas, a la Historia Social.

Las particularidades de la metodología thompsoniana, la relevancia dada a los sujetos históricos, su intento por conciliar condiciones estructurales y subjetivas estimularon, como ya lo hemos dicho, innumerables investigaciones a partir de las relaciones sociales de sexo. Pero también, reconozcámoslo, el androcentrismo thompsoniano, que no salvaba a la mujer, como grupo, de la condescendencia de la posteridad, abrió un amplio campo de reflexión sobre métodos, objetos y categorizaciones.

Pero es necesario aclarar que tales motivos de crítica no son exclusividad de la Historia Social. ¿O acaso no podríamos tildar de androcéntricas a todo un amplio campo conceptual de las ciencias humanas?

En otras palabras, el desacuerdo Palmer – Scott – Stansell, está ligado a propuestas teóricas que sobrepasan los límites de la Historia Social y de los estudios de género. La insensibilidad de la Historia Social con relación al género revela, en los posteriores artículos de Scott, divergencias profundas.

Scott atribuye a tal escuela, y al marxismo en general, una posición "teleológica" que postula un estrecho vínculo entre relaciones de producción e identidad, entre experiencia y conciencia. Y la combate al decir que: "(los) intereses no son inherentes a los actores o a su posición en la estructura social, son discursivamente producidos". (SCOTT, 1988b, p.5) Lo cual, en los días actuales, podría ser entendido de la siguiente manera: los intereses de un grupo son construidos en la reflexión, interpretación y enunciación de los hechos cotidianos.

Desvincular intereses e identidades de las posiciones estructurales nos remite a otra visión del mundo. Y si a ella le sumamos la "producción discursiva" de los intereses, podríamos encontrar una nueva instancia de determinación, tanto o más potente que las condiciones objetivas. El lenguaje y su estructura podrían llegar a desempeñar el papel de un sistema a priori de los individuos. O sea, el lenguaje podría constituirse en una fuerza impersonal como aquellas fuerzas productivas tratadas en forma "idealista" que Thompson tanto criticaba. Paradójicamente, podríamos encontrar en el nuevo paradigma elaborado por Scott una otra forma de

determinación reduccionista que sustituiría aquellas combatidas por la propia autora (TILLY, 1994)

Por último, coincidimos con Scott cuando señala: (i) la falta de rigurosidad teórica que caracteriza el empleo de la categoría experiencia; y (ii) el carácter de “experiencia interpretada” que forzosamente coloca todo quehacer histórico – incluso el de Thompson – en su intento por explicar el mundo.

Pero estas dos coincidencias sintetizan otros diferentes aspectos: las diversas interpretaciones y sentidos otorgados a los fenómenos, la imposibilidad de anular el valor heurístico a los hechos pasados, aunque sean “interpretados”, las tensiones entre narración y explicación, etc. Dar respuesta a estos aspectos implicaría resolver los problemas inherentes a todo emprendimiento científico sobre el pasado.

La necesidad de una conciencia crítica social sobre los conceptos y métodos empleados en la historia – y en otras disciplinas humanas o sociales – fue defendida, más allá de diferencias, en el ámbito de la historia de las mujeres por diferentes autores/as, entre ellos o ellas, los ya citados. Por ello pensamos que el ambicioso dilema propuesto por Scott entre Historia Social y Posestructuralismo es, en definitiva, falso, tanto en términos generales como para las particulares cuestiones de género. El desafío para las investigaciones sobre género no consiste en la definición de un campo temático, epistemológico y metodológico propio, sino en incluir tal categoría de análisis en las más inexpugnables fortalezas de las ciencias sociales.

REFERÊNCIAS

- ADORNO, T.; HORKHEIMER, M. **La personalidad autoritaria**. Barcelona: Grijalbo, 1978.
- ANDERSON, P. **A crise da crise do marxismo**. São Paulo: Brasiliense, 1984.
- BEAUVOIR, S. de. **O segundo sexo**. Tomo I. Fatos e mitos. Tomo II. A Experiência Vivida. São Paulo: Nova Fronteira, 2000.
- BENHABIB, S; CORNELL, D. Além da política de genero. In: BENHABIB, S; CORNELL, F. **Feminismo como crítica da modernidade**. Rio de Janeiro: Rosa dos Ventos, 1993.
- DERRIDA, J. **La escritura y la diferencia**. Barcelona: Anthropos, 1989.
- ENGELS, F. **El origen de la familia, la propiedad privada y el estado**. Moscú: Editorial Progreso, 1985.
- FOUCAULT, M.. **La arqueología del saber**. México: Siglo XXI, 1993.
- HABERMAS, J. **Mudança estrutural da esfera pública**. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1984.
- HALL, C. The Tale of Samuel and Jemima: gender and working class culture in XIX Century England. In: KAYE, H.; CLELLAND, M. Temple university press. Philadelphia: 1988.
- HARTMANN, H. **The unhappy marriage of marxism and feminism: toward a more progressive union**. Sargent, L. Women and revolution. Boston: South End Press, 1981.
- HOBSBAWM. E. J. Homen e mulher: imagens da esquerda. In: _____ **Mundo do trabalho: novos estudos sobre história operária**. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1987.
- _____. E. J. **Historia del siglo XX. 1914 – 1991: crítica** (Grijalbo Mondadori S.A.). Barcelona. 1995
- MARCUSE, H. **Eros y civilización**. Barcelona: Seix Barral, 1969.
- _____. **La sociedad opresora**. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1970.
- MARX, K.; ENGELS, F. **La sagrada familia**. 2da. ed. Buenos Aires: Editorial Claridad, 2008.
- MARX, K. **El capital**. México: Fondo de Cultura Económica, 1971. Tomo II.
- MITCHELL, J. Mulheres, a revolução mais longa. **Revista Civilização Brasileira**, ano 3, n. 14, p. 5-42, jul. 1967.
- NEWTON, J. Family fortunes: new history and new historicism. **Radical History**, n. 43, 1989.
- PALMER, B. Response to Joan Scott. **International Labor and Working: Class History**. n. 31, p. 14-23, 1987.
- SAFFIOTI, Rearticulando gênero e classe social. In: COSTA, Albertina de Oliveira; BRUSCHINI, Cristina (Org.). **Uma questão de gênero**. Rio de Janeiro: Rosa dos Tempos; São Paulo: Fundação Carlos Chagas, 1992.
- SCOTT, J. Gender: a useful category of historical analysis. In: _____. **Gender and the politics of history**. New York: Columbia University Press, 1988a.
- _____. In: On language, gender and working- class history. In: _____. **Gender and the politics of history**. New York: Columbia University Press, 1988b.
- _____. A reply to criticism. In: **International Labor and Working – Class History**, n. 32, p. 39-45, 1989.

STANSELL, C. A response to Joan Scott. **International Labor and Working** – Class History, n. 31 p. 24-29, 1987.

TAYLOR, B. **Eve an the New Jerusalem**: socialism and feminism in the XIX Century. Pantheon Books, New York: 1983.

THOMPSON, E.P. **A formação da classe operária inglesa**. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1987. 3v.

TILLY, L. Genero, história das mulheres e história social. **Cadernos Pagu**, Campinas, n. 3, p. 29 - 62, 1994.

NOTAS

1 Traducción nuestra. De aquí en más todas las traducciones son de entera responsabilidad nuestra.

2 No es nuestro interés colocar como centro de debate los fundamentos epistemológicos y las perspectivas filosóficas sobre el conocimiento de Michel Foucault (1993) y Jaques Derrida (1989). Tan sólo queremos relacionarlas con la nueva mirada de Scott en términos de comprender el lenguaje - por tanto los discursos - como una entidad supraindividual, que está en el mundo antes que nosotros y que nos sobrevivirá. En definitiva, una postura que desmaterializa, en parte, las cuestiones de género.

Mónica De Martino Bermúdez

Asistente Social. Profesora Agregada en Régimen de Dedicación Total del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. Integrante del Centro Interdisciplinario Infancia y Pobreza del Espacio Interdisciplinario de la UDELAR. Dra. en Ciencias Sociales – UNICAMP.
E-mail: monicad@fcs.edu.uy

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República - UDELAR

Francisco Aguilar 867
CP 11200 - Pocitos. Montevideo -Uruguay